

AURORA EGIDO

BODAS
DE ARTE E INGENIO
ESTUDIOS SOBRE BALTASAR
GRACIÁN

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2014 by Aurora Egidio Martínez
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



En la cubierta, fragmento de *Naturaleza muerta con libros*
(c. 1627-1628), de Jan Lievens

ISBN: 978-84-16011-01-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 2431-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

PRELIMINAR

Dice Gracián en la *Agudeza* que «toda dificultad solicita el discurso y es agradable pasto del ingenio». Sus obras tienen de lo uno y de lo otro, suscitando en el lector constantes dudas y reflexiones, compensadas siempre con el deleite que procura aproximarse a ellas. El *Oráculo manual* se cierra precisamente con un penúltimo aforismo que explica semejante poética: «Dejar con hambre», a sabiendas de que «es el deseo medida de la estimación».

El jesuita aragonés fue un maestro de la dificultad en el fondo y en la forma. La misma que él se exigió y que extendió al común de los lectores, picándoles el gusto y el ingenio para alejarles de la poltronería. Los riesgos en el estilo se acomodan en su obra a los que el hombre debe abordar en el plano moral. De ahí que todo en él muestre una indisoluble alianza entre *verba, res* y *exercitatio*, prolongada también al campo de la experiencia vital.

Uno y diverso, Gracián se presenta como una sagaz luminaria de nuestro tiempo al ofrecernos el curso y el discurso de la vida como una cadena de continuadas crisis o juicios que obligan al discernimiento, a la deliberación y a la elección en todos los ámbitos. Convertido en adalid del aforismo (desde la óptica de La Rochefoucauld, Schopenhauer o Nietzsche), por lo que tiene de pensamiento fragmentado y sucinto en consonancia con nuestro tiempo, éste no deja de ser sin embargo, y nunca mejor dicho, una reducción de su amplísima obra, mucho más rica y compleja.

Si el estudio de cualquier clásico constituye siempre un desafío, en el caso de Gracián, el peligro se agranda no sólo por la profundidad de su pensamiento y la ocultación de sus claves conceptuales, sino por la dificultad añadida de su len-

guaje, que brilla siempre a varias luces, añadiendo a las palabras significados inéditos que las transforman.

Lejos de la claridad humanística de Cervantes, pero también de la oscuridad que se encierra con recónditos fulgores elocutivos como la de Góngora, Gracián tampoco quiso ajustarse a los juegos ingeniosos de Quevedo, de quien dijo injustamente que las hojas de sus libros eran «como las del tabaco, de más vicio que provecho». El jesuita sintetiza los riesgos que la literatura áurea supuso en los conceptos y en el lenguaje, tratando de ir más allá de cuanto ésta había logrado en ingenio, materia, enseñanza y arte. Su obra implica además toda una búsqueda de la excelencia, que ya no debía ser únicamente patrimonio de nobles o reyes, sino que cada uno podía aplicar y aplicarse a sí mismo con idéntico grado de exigencia. Porque, no nos engañemos, la gracia de Gracián no sólo consistió en aportar un arte de ingenio y un arte de prudencia, a la sazón inexistentes, sino un arte de vivir que incorporaba los valores arquetípicos del héroe y del político al discreto uso particular de uno mismo, independientemente de su condición social. En ése y otros aspectos, con su pensar anticipado, Gracián se adelantó no sólo a los presupuestos del Siglo de las Luces, en categorías como las del gusto y la razón, sino que, tras su vuelta en el siglo xx, a la zaga de la invención moderna del Barroco, se convirtió finalmente, a las puertas del siglo xxi, en paradigma de la posmodernidad.

El Criticón, al igual que el resto de su obra, se ofrece como un camino de perfección moral, que es a la vez un camino de sabiduría lleno de escollos que hay que ir sorteando con inteligencia y diligencia. Como en los viejos cuentos sapienciales, en ese itinerario cuenta más lo que sucede mientras se avanza o retrocede que lo que ocurre en ese final incierto que cada uno escribe a su manera. Por ello, tal vez no resulte extemporáneo apelar, en la oquedad de los tiempos que corren, a valores como la razón, la entereza, la singularidad,

el saber, la curiosidad, la solidez, la generosidad, la cautela, la autoridad, la humildad o la constancia, como exige el personaje del Mérito ante Andrenio y Critilo a las puertas de la Eternidad. Aunque es posible que resulte más aplicable hacerlo con la circunspección en la fuente de los engaños o con la advertencia en el golfo cortesano. Gracián, en definitiva, nos ofrece toda una serie de posibilidades y soluciones, vistiéndonos de cordura en la reforma universal o de solidez en el yermo de Hipocrinda.

El jesuita quiso ser en su tiempo un nuevo Marcial, para poder discurrir a lo libre «en todo género y modos de agudeza». Analizar éstos puntualmente es tarea ardua, porque todo ingenio anómalo, como el suyo, «se deja llevar del connatural imperio en el discurrir y de la valentía en el sutilizar», según dice el discurso LI de la *Agudeza*. Pero bueno es, al menos, intentarlo, por lo mucho que se aprende y se desaprende en el empeño.

Los trabajos aquí reunidos suponen una década de indagaciones gracianas, que hemos completado con otros afanes, particularmente dedicados a la publicación de todos sus libros según sus primeras ediciones.¹ Recogerlos bajo el epí-

¹ Nos referimos a las ediciones facsímiles de todas las obras de Baltasar Gracián, con estudios preliminares, que hemos publicado en Zaragoza entre 2001 y 2009 (tras la primera de *El Político* en 1985), gracias a la Institución Fernando el Católico: *El Héroe autógrafo*, *El Héroe* (Madrid, 1639), *El Político* (2.ª ed.), *El Discreto*, *Oráculo manual y arte de prudencia*, *Arte de ingenio*, *Agudeza y arte de ingenio*, *El Comulgatorio* y *El Criticón* (vols. I, II y III). También, a nuestro estudio preliminar de *El Comulgatorio*, ed. de Luis Sánchez Laílla y notas de Miguel Batllori, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003, así como a nuestras introducciones a Baltasar Gracián, *El Criticón*, ed. de Carlos Vaíllo y apéndice de Miguel Batllori, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2001, y a Baltasar Gracián, *Obras Completas*, ed. de Luis Sánchez Laílla, Madrid, BLU, 2001. En colaboración con el mismo Sánchez Laílla, hemos publicado recientemente *El Político don Fernando el Católico*, Jaén, Almuzara, 2010. Hemos tratado también sobre cuestiones relativas a la recepción de su obra en los inicios del pasado siglo en *El Barroco de los modernos: despuntes y pespuntes*, Valla-

grafe de una alianza matrimonial simbólica como la de Arte e Ingenio no resulta arbitrario, como luego se verá, ya que tan inusitadas bodas permiten, en realidad, una aplicación generativista que da unidad y sentido al doble juego, conceptual y elocutivo, de sus obras, aparte de explicar cuanto se refiere a las posibilidades casi infinitas que sus libros demuestran a la hora de engendrar agudezas.

Al reunir trabajos dispersos, gracias al generoso ofrecimiento editorial de Jaume Vallcorba, hemos hecho los cambios imprescindibles que la ocasión exigía, añadiendo ocasionalmente algunos datos, precisiones y referencias cuando parecían necesarios. La bibliografía sobre el escritor belmontino ha ido creciendo considerablemente en los últimos años, sobre todo a partir del IV Centenario de su nacimiento celebrado en 2001. En la actualidad, cuenta además con evidentes ventajas virtuales que permiten navegar con rapidez inusitada por el océano de sus obras con la aguja de marear a la excelencia.²

dolid, Cátedra Miguel Delibes, 2001, y en «El Barroco en el laboratorio de las revistas (1914-1930)», *El Siglo de Oro en la España contemporánea*, ed. de Hanno Ehrlicher y Stefan Schreckenber, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2011, pp. 23-52.

² Entre los portales señalados más adelante en el último capítulo (p. 497), queremos destacar las páginas bibliográficas de Elena Cantarino en *Baltasar Gracián. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas*, ed. de Aurora Egido y María del Carmen Marín, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2001, quien también le ha dedicado otras compilaciones en internet (www.uv.es/baltasargracian/presentacion/htm). Con posterioridad, José Enrique Laplana y Luis Sánchez Laílla han elaborado un nuevo portal actualizado en las páginas de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, a las que nos remitimos a la hora de cualquier consulta graciana. Dentro de las ayudas a la investigación del Ministerio de Ciencia y Tecnología concedidas a los proyectos que hemos dirigido (BFF 2003-06314 y HUM 2006-0974/FILO), y que hasta la fecha han recibido también apoyo institucional del Gobierno de Aragón como Grupo de Investigación Consolidado (H-48), puede visitarse el portal Gracián Virtual, coordinado y actualizado por Fermín Gil Encabo, con un banco de datos bibliográficos, una biblioteca electrónica y una selección de documentos,

La disposición del volumen arranca, en la primera parte, tras el análisis del maridaje entre Arte e Ingenio, con unos capítulos dedicados a la *Agudeza* que nos permiten indagar sobre asuntos diversos. Gracián era consciente de lo difícil que es inventar algo nuevo, vieja idea que tomó de la *Historia natural* de Plinio y que se configura como el paso que toda persona debe dar, más allá de su ser instintivo, para adentrarse por los caminos de la moral y de la prudencia. Lejos del naturalismo renacentista, de tan rica proyección en el Nuevo Mundo, el belmontino presupuso cuanto la unión de lo natural y lo moral representaría posteriormente en el pensamiento de Feijoo o en la ingente obra de Alexander von Humboldt.

Su reflexión sobre los clásicos permite atisbar además una visión de futuro en asuntos tan concretos como el de la perspectiva crítica que proyecta respecto al tópico *Beatus ille*. Su lectura de Horacio le permitió vislumbrar la falacia de los paraísos terrenales cuando se construyen de espaldas a la moral. El jardín renacentista, como *terza natura*, exigía una valoración distinta que fuera más allá del ideal constructivo de una *ars topiaria* convertida en paradigma de riqueza mal adquirida. De ahí que Gracián tratara de descifrar con ojos de zahorí el libro de la naturaleza y el del arte para descubrir el mal que subyace tras la belleza aparente o la acumulación de riquezas artísticas mal entendida.

No es por ello extraño que trasladara en *El Discreto* y en *El Criticón* tales consideraciones a la hora de reflexionar sobre las paradojas que suponía la creación de paraísos artificiales como los de los jardines, museos y bibliotecas, cuando a sus coleccionistas no les acompañaba el ejercicio de la moral y el juicio crítico. Contra el atesoramiento artístico indiscriminado y contra los pensiles inmundos, Gracián prefirió

a través del cual se puede acceder a otras páginas virtuales sobre el jesuita aragonés.

las hojas de un libro-jardín lleno de flores y frutos de sabiduría. En ese sentido, el repaso por todas y cada una de sus obras nos confirma hasta qué punto Gracián encarnó *avant la lettre* la idea borgiana del paraíso concebido bajo la especie de una biblioteca, pero también la de que en ésta, como en el Edén perdido, hay frutos engañosos.

El corpus de sus libros, la mayoría pobres y meninos en su materialidad y formato, guarda no pocas cifras de sus problemas personales y editoriales, como muestra también el grueso de las aprobaciones y dedicatorias que escribió para obras ajenas. Unos y otras perfilan la etopeya de un Gracián en lucha permanente por lograr una fama tan difícil de alcanzar como jesuita y autor de una obra profundamente laica y publicada en su mayor parte al margen de la Compañía de Jesús, si exceptuamos *El Comulgatorio*. Claro que también es cierto que él fue lo que fue gracias a su circunstancia especial, pues sus libros son arte y parte de esa educación jesuítica que—*ars, natura, aexercitatio*—le permitió remontar las estrecheces de su origen para acogerse al buen recaudo del saber universal, aunque fuera con las limitaciones lógicas que marcaba la religiosidad de la *Ratio Studiorum*.

Ello le facilitó, entre otras cosas, y pese a las restricciones de Trento sobre la materia mitológica, erigir un monte de la mente en competencia con el Parnaso, para ofrecer, como mitógrafo y como mitólogo, una nueva visión de los dioses paganos de la Antigüedad en la *Agudeza*. Sin renunciar a la sabiduría oculta de los mitos ni al análisis conceptual de la literatura que los había utilizado hasta su tiempo, Gracián, al igual que Velázquez y Rubens, supo además reírse de quienes hicieron mercancía del cuerno del unicornio y de las plumas del ave fénix, desmitificando, de paso, a los anticuarios que almacenaban reliquias sin sentido en su particular Arca de Noé. De ahí que no sólo rebajara y pusiera en solfa el teatro de los dioses fingidos de la gentilidad, sino que llevaría a la escena de *El Criticón* aquellas alegorías de nuevo cuño

que, para bien o para mal, reinaban en su tiempo, como fue el caso de Artemia, Sofisbella, Hipocrinda, Virtelia o Veje-cia, entre otras muchas.

Capítulo aparte es el que conforman los libros de Gracián en su materialidad impresa y en su particular disposición. Al hilo de la cuidada muestra bibliográfica que Ángel San Vicente organizó en Zaragoza con motivo del IV Centenario, en los espacios del Edificio Pignatelli del Gobierno de Aragón, planteamos en su catálogo un análisis de ese «empleo de personas» que para el jesuita aragonés suponía el ejercicio de la lectura, partiendo del análisis de todas y cada una de sus obras, luego ampliado en las ediciones facsímiles ya mencionadas. Su concepto humanístico del libro tuvo que luchar con la penuria de las imprentas y las servidumbres del mecenazgo, lo que no le impidió el ejercicio de un seguimiento puntual de la gestación editorial así como el desarrollo de toda una filosofía escrituraria en la que fondo y forma son indisolubles.

Más allá de los modestos soportes materiales de sus obras, Gracián profundizó en el tejido de las mismas dando en ellas no pocas cifras de su sentido y conceptos. Para él, los libros no eran naturalezas muertas, sino entes vivos, a los que consideraba como hijos, aunque a veces los tuviera que prohijar bastardamente por imperativo religioso o legal. Todo en ellos es significativo, desde la letra a los márgenes de las páginas, pasando por la idea del volumen concebido como parte de una vida, caso de las tres que constituyen *El Criticón*, a cuyo desciframiento contribuye, como veremos, el análisis de los distintos ejemplares conservados.

En esa línea, parecía necesario también indagar en los preliminares que el jesuita escribió para libros ajenos, ya se tratara de dedicatorias o de aprobaciones, por lo que éstas encierran respecto a algunos episodios de su vida pública, particularmente de la transcurrida en Zaragoza, alejado ya del predio oscense lastanosino. De ello se desprende un Gracián

cada vez más autónomo, que, por esos años, no sólo dictamina sobre obras ajenas, sino que se muestra cada vez más seguro de las suyas.

El perfil agrio, topificado por la crítica y remachado por el retrato bilbilitano más difundido, aunque no esté exento de razones que lo bosquejen con las tintas de la melancolía, debe ser matizado. Sus obras muestran, en ese y otros sentidos, las sutiles entretelas del sentimiento a niveles muy variados, entrelazadas con una idea humana del mundo y de la escritura que él supo además extender al campo de la acción política y social. Tales parámetros los confirma un libro como *El Comulgatorio*, tan lleno de efectos y afectos en su retórica y en su poética. Obra de gran alcance editorial, pero postergada críticamente por lo que supone respecto a su cara más ortodoxa y religiosa, constituye en sí mismo todo un monumento literario, parangonable a los autos sacramentales calderonianos o a la mejor pintura religiosa de su tiempo. Que lo publicase en medio de los avatares de *El Criticón*, que tantos sinsabores le produjera dentro y fuera de la Compañía de Jesús, no quita sino que añade valores literarios y morales al resto de sus libros, siendo el único que pudo prohiñar con su verdadero nombre.

Está por escribir además el arte de amar y desamar que su obra conlleva desde los primores de *El Héroe* a las crisis de *El Criticón*. También cuanto de *Ars amandi* conlleva la *Agudeza* en sus ejemplos. Pero es evidente que en Gracián no sólo se funde el sudor con la tinta, sino que su idea del mundo y de la literatura es tan corporal como humana. Y, en ese contexto, brilla con particular realce el cardiomorfismo acrisolado conceptualmente en el sintagma «corazón de rey». Lejos de la emblemática amatoria y de la teología de la *Schola cordis*, el jesuita estableció en su obra una curiosa dialéctica entre el cuerpo y las potencias anímicas que concedió preeminencia al corazón, haciéndolo capaz de las mayores hazañas.

El jesuita aragonés, que trató tanto del cuerpo político y

social como del cuerpo de Cristo, supo vislumbrar las posibilidades que encarnaba el «archicorazón» de Alejandro Magno o el de Fernando el Católico. Pero Gracián no sólo se fijó en aquel con el que los mejores reyes habían gobernado, junto a la prudencia de su cabeza y el valor de sus brazos, sino en el de cualquiera que fuese capaz de contener en él las avenidas de las pasiones «sin traspasar un punto los límites de la razón». Él apeló siempre al ideal de un «corazón puro», como órgano sin excrementos, que tiene su punta dirigida a la tierra, pero al que pintan con alas «para que lo realcen». De esta forma, la «libertad de ingenio» se completó en él con la «libertad de corazón», aunque ésta tenga sus límites, tanto en uno mismo como en su relación con los otros.

Si es difícil aplicar términos como el de *posmodernidad* a autores de hace cuatro siglos, también lo es el de *sociabilidad*, surgido en el Siglo de las Luces y nunca empleado por Baltasar Gracián, pese a ser miembro de una nueva y, como tal, criticada *Societas Iesu*. Analizar, en ese sentido, su obra no deja de ser sin embargo interesante, por lo que representa de novedad en una época conflictiva en la que él supo adelantarse a conceptos e ideas que se irían desarrollando con posterioridad. En éste, como en otros aspectos, Gracián ofreció soluciones tan modernas como paradójicas, enseñando a sobrevivir en sociedad pese a todas las dificultades. Ello es tanto más sorprendente cuando los planteamientos nuevos surgen de un jesuita que se sitúa en sus libros al margen de la proyección doctrinal de la Compañía de Jesús, bien que procurando mantenerse en ellos siempre dentro de la ortodoxia.

Las estrategias del individuo en sociedad, que tanto sedujeran a pensadores como Goethe, Schopenhauer, Ortega, Wittgenstein o Walter Benjamin, son tantas como las circunstancias en las que se deben aplicar. Todo en ellas es además reversible, como muestra la conversión graciana del principio clásico «Antes loco con todos que cuerdo a solas» en un «Mejor cuerdo con todos que loco a solas».